

EL ESPAÑOL.

Edicion de Madrid.

Sábado 14 de Octubre de 1865.

Año I.—Núm. 8.

MADRID 14 DE OCTUBRE DE 1865.

En la *Gaceta* de ayer apareció el real decreto siguiente:

«En uso de la prerrogativa que me compete por el art. 26 de la Constitución, y conformándose con el parecer de mi Consejo de Ministros,

Vengo en decretar lo siguiente:

Artículo 1.º Se disuelve el Congreso de los diputados.

Art. 2.º Se procederá a elecciones generales el día 1.º y siguientes del mes de diciembre, con arreglo á la ley electoral vigente.

Art. 3.º Las Cortes del reino se reunirán en la capital de la monarquía el día 27 de diciembre del presente año.

Dado en San Ildefonso á diez de octubre de mil ochocientos sesenta y cinco.—Está rubricado de la real mano.—El presidente del Consejo de Ministros, Leopoldo O'Donnell.»

El respeto profundo que nos inspiran siempre todos los actos emanados de la Corona, no se desmentirá en esta ocasión. Creemos que es un mal, y un mal de gravísimas consecuencias, la convocatoria á nuevas Cortes; pero á los gritos de júbilo que lanza la bandera dominante, contestaremos solo con una súplica al Todopoderoso. (Que el Trono, la dinastía y las libertades públicas no encuentren nuevos peligros donde una minoría insignificante busca la salvación de mezquinos intereses!

La conciencia pública, que rara vez se engaña, vió al punto en una gran desgracia el vehículo de un gran desacierto. Cuando el viernes y el sábado de la última semana morían á centenares las víctimas del cólera; cuando treinta ó cuarenta mil personas huían de Madrid llenas de espanto, dejando por los caminos un reguero de cadáveres, los pocos hombres que en aquellos angustiosos momentos hablaban de política, decían á una voz:—«¡Qué gran fortuna para el general O'Donnell!» Y los amigos de este personaje, solían exclamar satisfechos:—«¡Qué buena estrella la suya!» En efecto, ha sido una fortuna para el general O'Donnell que el cólera, después de dos meses y medio de estancia en la corte, cogiera del todo desprevenida á las autoridades, sin un hospital, sin juntas parroquiales, sin casas de socorro extraordinarias, sin recursos para ocurrir á las primeras necesidades, sin nada en fin, de lo que una administración protectora dispone para tan tristes circunstancias; porque de este modo, el pánico fué terrible, todas las clases de la sociedad, abandonadas á sí mismas, temblaron de horror, y el gobierno pudo levantar la abatida frente sobre montones de cadáveres y moribundos, para contar los que huían aterrorizados. Si, ha sido una fortuna, porque en ciertos momentos de general consternación los altos poderes del Estado no son libres de seguir las inspiraciones de su angusto criterio. La fecha que lleva el decreto es un padron de ignominia para la union liberal.

El 10 de octubre no fué el duque de Tetuan á la Granja con el objeto de manifestar á S. M. la Reina que el cólera diezmará á Madrid; no fué á poner á la firma alguna de esas medidas que alivian muchos dolores ó restablecen la confianza; no fué siquiera á pedir lágrimas para tan inmensa calamidad; fué, con ojos enjutos y corazón de hielo, á dar la última mano á su trabajo de demolición, á lanzar un reto quiéscito á todos los partidos

FOLLETTIN DE EL GOBIERNO.

VALOR Y FE.

(Continuación.)

La niña, con un brazo echado alrededor del cuello de la madre, estaba sentada en las faldas de esta y miraba risueña aquel espectáculo tan nuevo para ella; el niño, de pie también junto á la madre, abría sus grandes ojos asombrados, y su vista se fijaba principalmente en aquellos hombres vestidos de negro, cuyo grave continente le asustaba; pero así que vió al padre, quiso irse con él.

«¡Quiero irme con papá, le decía á la madre que le tenía cogido del brazo; quiero irme con él; repetía moviendo con disgustado aire su rubia cabecita.

La madre tuvo que trabajar para sosegarlo, y no lo consiguió sino repitiéndole que si hacía ruido vendrían los gendarmes y le llevarían á los tres á la cárcel.

Esta amenaza triunfó del capricho del niño, el cual se sentó. Al instante cesaron los cuchicheos que esta corta escena había promovido, y el procurador imperial empezó á hablar.

El jefe del ministerio fiscal en el tribunal de N. era persona de finos modales, muy decorosa, pero mas legista que orador. Su discurso fué una especie de lectura algo monótona.

Estaba bien pensado y dicho con grande aplomo; pero se le escuchaba friamente, y á la conclusion iba ya cansando.

Terminó pidiendo la pena de muerte.

—He ahí las especies para sazonar el insulso plato que acaba de servirnos el señor procurador,

que le combaten en interés de las instituciones, á poner en la balanza política el dolor de un sinnúmero de familias cubiertas de luto, en la seguridad de que la ocasión era favorable, ÚNICA tal vez, para conseguir lo que tanto ansiaba.

Una repulsa equivalía á una crisis, y una crisis era imposible. ¿A quién llamaba la Corona? Nadie estaba en Madrid. El que no había huido ante el viajero del Ganges, se hallaba enfermo, ó junto al lecho de algún ser querido. Y supuesto que la Corona encontrase en quien depositar su confianza, ¿dónde buscaba este sus compañeros? La ocasión, repetimos, fué elegida con repugnante frialdad en medio de un conflicto de que no hay ejemplo; con esa frialdad que caracteriza á ciertas celebridades de funesta memoria; con esa frialdad de que no queremos estén dotados nuestros hijos.

¡Victoria en toda la línea! Pero no os envanecéis, vicalvaristas: si para arrojar nosotros ese grito, hubiera de ser necesario que la peste devorase al pueblo de Madrid, nos resignaríamos á pasar por vencidos hasta el fin del mundo. Vuestra alegría es un insulto á la aflicción general; pareceis una bandada de canchales buitres, celebrando el festín después de la batalla que ha cubierto el campo de cadáveres.

Todo lo que hemos escrito sobre las consecuencias inevitables de la disolución, empieza á realizarse desde hoy. Los progresistas darán dentro de pocos días forma oficial al retraimiento; los moderados acordarán, en un breve plazo también, la línea de conducta que han de seguir, pero aunque se decidiesen por la lucha, ya nos ha dicho *El Contemporáneo* que la diligencia del gobierno sabrá evitar que vengan á las Cortes. El decreto de 10 de octubre dará el ser á un Congreso unánime, ó poco menos, sobre el cual se cernirá siempre el pavoroso fantasma del cólera, que lo trajo entre los pliegues de su asqueroso sudario. Ya puede estar seguro el Sr. Posada de que *pasará* todo lo que imagine para perturbar la pública administración; ya puede el Sr. Alonso Martínez mandar hacer numerosas copias de su plan de Hacienda, sin olvidarse del reconocimiento de los cupones; ya puede el Sr. Bermúdez escribir notas y mas notas contra los Borbones de Italia, que ningún diputado se levantará á condenarlas; ya puede el general O'Donnell preparar su mas burlesca sonrisa.... Un Congreso, producto de la diligencia del gobierno, que aplastará bajo sus ruedas á los que respete la epidemia, es la suprema necesidad de la union liberal, á la vez que motivo de justo temor para el país.

LA EXPIACION.

Si los hombres de la situación meditan con calma la gravedad de las circunstancias que ellos mismos han creado, si consideran el espectáculo que ofrecen ante el país después de los acontecimientos de Zaragoza, comprenderán hasta qué punto se hace imposible su permanencia en el poder, y hasta qué grado se vé y se toca la ley providencial de la expiación. Si se registra la colección de los periódicos vicalvaristas y se compara lo que escribieron en abril último acerca de los motines y lo

dijo un viejo abogado, inclinándose al oído de un compañero.

«El señor procurador imperial habla muy bien, decía por su parte la mujer del presidente á una de sus amigas, sofocando un bostezo en su pañuelo bordado; pero su discurso ha sido un poco largo y me ha dado sueño. ¿Ha advertido Vd., querida, sus graciosos modales y cómo hace lucir su linda mano?»

El órgano del ministerio público había estado en efecto un poco estenso, y como el día se iba á acabar, el conserje recibió orden de alambra el salón.

Ejecutose así al punto, y con los vacilantes respaldos de aquella luz artificial que reemplazaba á la del día, el santuario de la justicia adquirió un aspecto mas solemne y mas imponente aun.

Reinó profundísimo silencio, y el leve ruido que solía oírse de en medio de la muchedumbre cesó del todo cuando el presidente concedió la palabra al defensor.

Había llegado el momento en que Eduardo iba á echar en la balanza el peso de su palabra. Levantóse. La luz caía de plano sobre su pálido semblante, cuya expresión era grave y modesta. Cuando su voz fuerte y vibrante se levantó en medio del silencio, una chispa eléctrica se comunicó á todo el concurso, y por todos los puntos del inmenso salón se levantaban las cabezas para escuchar mejor.

Mucho tiempo hacía que las bóvedas del palacio de justicia de N. no habían resonado con semejantes acentos. Dos horas tuvo el defensor al auditorio suspenso de sus labios. Desplegando sucesivamente todos los recursos de la elocuencia, hizo temblar á los que lo oían, y los enterneció hasta arrancarle lágrimas. A la persuasión mas completa agregó toda la ciencia y toda la habilidad de un jurisconsulto consumado. Cada una de sus palabras

que escriben hoy, se advertirá que la pasión política y el implacable odio inspirado por la ambición no satisfecha, fueron entonces el móvil de tanto artículo escandaloso, de tan horrible propaganda revolucionaria, de una absurda coalición con todos los elementos disolventes en daño de la autoridad constituida en son de guerra á muerte á cuanto hay de respetable, sagrado y tradicional. Hoy elevados al poder aquellos mismos hombres, son heridos con las armas que entonces manejaron, y quieren revolverse iracundos contra los agresores: y al revolverse hallan las caras amigas del pasado abril, se encuentran con los camaradas de conspiración de aquellos días: los colegas del comité de salvación pública salen á su encuentro: son famosos escritos de misterios y meditemos resaltan en la bandera de los rebeldes: estos hablan el lenguaje mismo que ellos hablaban en abril: quieren derribar lo consabido: quieren aquella santa libertad popular de los motines que predicaban los representantes de la prensa vicalvarista identificados con los de la progresista y democrática. ¿Cómo no cubriese el rostro de bochorno? ¿Cómo no morirse de vergüenza?

La prensa vicalvarista, encareciendo y ensalzando hoy el principio de autoridad, nos produce el efecto de un sarcasmo en acción. Engendrados en la conspiración de una bohardilla, nacidos en una insurrección militar de cuya alevosía no guarda ejemplo la historia, nutridos al calor de una infidencia latente contra el progresismo, educados en un bienio de motines, los vicalvaristas no han sido, no han podido ser nunca una garantía para el principio de autoridad: á ello se oponen la ley fatal de su origen y la ley de su propia constitución, antipática, heterogénea y repulsiva. Dice con profunda sabiduría el gran autor de *La Imitación de Cristo* que las circunstancias no hacen al hombre, sino que muestran quién sea. Esta máxima es muy aplicable á la union liberal: á pesar de toda su hipocresía, las circunstancias la denuncian: si en el poder logró antes fingir hábitos de moderación y de prudencia, en la oposición obedece á la influencia de su hidiosineria y es revolucionaria y rebelde sin pensarlo y sin quererlo: la union liberal, respirando siniesqueramente por *El Murciélago*, sublevando 1.700 caballos, relampagueando en Canillejas y tronando en Manzanares, armando la milicia nacional en Madrid, discutiendo la Religión y el Tron en la Asamblea, desterrando obispos y desamortizando sin contar con nadie en el gobierno, escribiendo mas tarde una acta adicional, coaligándose luego con progresistas y demócratas, jurando derribar tales y cuales cosas, reconociendo el reino de Italia sin miedo de atropellar todo género de consideraciones, acogiendo en sus periódicos insultos sin cuento y blasfemias sin tino contra la Iglesia y sus prelados, contra los objetos mas altos y venerables en un pueblo monárquico... esa, esa es la verdadera union liberal.

Cuando por sostenerse en el poder ha practicado nuestra doctrina y hecho alardes y hasta exajeraciones de escuela conservadora, entonces se disfrazaba, hacia una escena teatral. Hoy, por fortuna suya y nuestra, al llegar nuevamente al poder, no ha tenido me-

llevaba el convencimiento al corazón de sus oyentes, y el todo de su discurso formaba el conjunto de demostraciones mas fuertes que podía presentarse de la inequidad de su defendido. Cuando se sentó, no había en el banquillo sino un inocente á quien era imposible condenar.

Había cesado de hablar y sus palabras resonaban aun en los oídos de todos; no había un semblante en que no se viera pintada una sensación profunda, ni un corazón cuyos latidos no estuviesen acelerados, ni un pecho que no se sintiera oprimido.

«Hay un síntoma en que el orador conoce la atención que le prestan, y es cuando todos fijan en él su vista,» ha dicho un orador. El joven abogado había hecho la experiencia, y las mil miradas de aquella muchedumbre que acababa de conmovir con el poder de su palabra, se quedaron fijas sobre él, como si se espasase de nuevo que abriese sus elocuentes labios.

Las mujeres, principalmente, lo miraban con asombro, y se preguntaban si aquel joven de frente descolorida y de ojos bajos era el mismo que en aquel instante y en aquel sitio, pero de pie ahora y con la cabeza alzada, el ademán expresivo, y los ojos llenos de fuego, les había hecho oír tan magníficas palabras.

Después del resumen que hizo el presidente, los jurados se retiraron al salón de las deliberaciones.

No puede describirse la agitación que hay en semejante momento. La muchedumbre estaba silenciosa y triste. En la delicada fisonomía de las señoras, á quienes la elocuente voz del joven defensor acababa de despertar la sensibilidad adormecida, y en los toscos semblantes de los hombres del pueblo que se descubrían junto á las paredes alumbraadas de trecho en trecho, se advertía que estaban espasando con la misma inquietud.

dios ni tiempo para ensayar su comedia; está en su natural carácter: sus periódicos no lo disimulan: es la union liberal revolucionaria de Canillejas, de Manzanares, y de la Asamblea: la prensa desbordada, los obispos *sub judice*, la teoría de los obstáculos tradicionales en boga, el Pontífice atribulado, la administración desquiciada, la Hacienda en ruina, los motines sin interrupción, la bravuconería política en su auge: estos son los caracteres distintivos de la union liberal: el país la conoce y la aborrece: la union liberal estuvo en el poder cinco años haciéndose cruda violencia; hoy otra vez en el poder se muestra tal cual es: por eso á los tres meses puede decirse que ha concluido su carrera: es un verdadero cadáver á la espectación pública.

El orden se ha turbado en Zaragoza: si la union liberal se hallase en la oposición, desde luego se habría asociado á demócratas y progresistas para rugir contra el despotismo de la autoridad y para pedir al gobierno estrechas cuentas por haber dado lugar á que los soldados dispersaran los grupos de ciudadanos, y aun hicieran fuego sobre aquellos libres pensadores que á pedradas discutían el tema económico de la contribución de consumos; la union liberal hubiera hecho una segunda edición de sus escritos de abril: hubiera pedido de nuevo los arranques de la elocuencia al Sr. Ríos Rosas, la elevación de la lógica al Sr. Posada, la prudente, serena y mesurada argumentación jurídica al Sr. Calderón Collantes, la dramática seriedad al Sr. Alonso Martínez, y hubiera desatado las cataratas de su ira contra el gobernador inhábil que resignó el mando, contra el capitán general que lo asumió, y contra el ministerio que todo lo dispuso ó autorizó: ya habría á esta hora un comité investigador de culpas y excesos cometidos en los apreciables insurrectos, un tribunal popular que bajo el solio augusta de la opinión pública y de la prensa dictara con soberana justicia su fallo terrible sobre la cabeza del gobierno reaccionario, que quiso poner límites á la santa libertad, que es el criterio con que el ya indicado Sr. Posada Herrera desea que se resuelvan todas las cuestiones.

Pero las cosas han pasado de otra manera: al ocurrir la asonada de Zaragoza la union liberal no se halla en la oposición, sino en el poder: ella, representante de la autoridad, ha tenido que hacer frente á los amotinados; ha tenido que valerse de la fuerza pública, ha tenido que restablecer la tranquilidad á costa de algunas dolorosas desgracias. El gobierno ha cumplido con su deber: todos los hombres de orden nos hemos puesto á su lado desde el primer momento: entre la insurrección y un gobierno por desdichado que sea, preferimos siempre el gobierno. Como en abril último apoyamos á nuestros amigos políticos contra los amotinados de Madrid, apoyamos hoy á nuestros adversarios contra los amotinados de Zaragoza: esto quiere decir ser moderados; esto quiere decir ser hombres de orden. Mas resulta que la union liberal ha tenido que rasgar toda su historia de la primavera última; cuanto escribió entonces en favor del motín y en contra del gobierno se lo devuelven ahora con amarga ironía sus camaradas de conspiración, que no se han transformado de demagogos en gobernantes. ¿Te acuerdas, le pregun-

tan, de cuando te asociabas á nosotros para pedir una acusación solemne contra el ministerio? ¿Te acuerdas de cuando revolvíamos cielo y tierra por descubrir el nombre de un herido, de un contuso, de un mortal cualquiera que hubiese corrido, aunque fuese por casualidad, en la noche del 10 de abril? ¿Te acuerdas de cuando tus oradores declamaban contra los miserables que habían manchado su uniforme, y por todos sus poros pedían venganza por la sangre derramada con otros recursos melodramáticos por el estilo? ¿Por qué no vienes ahora al comité que con igual objeto preparamos? ¿Por qué tu prensa no publica las listas de los heridos, ni abre suscripciones para socorrer á las víctimas de la tiranía? ¿Por qué enmudece la voz de aquellos oradores ocupados ahora en mas dulce entretenimiento? Y á estas preguntas de los revolucionarios responde su compañera de ayer la union liberal, increpando al ministerio Narvaez, porque la guardia veterana ocupó las avenidas de la Puerta del Sol. El vicalvarismo está preso en sus propias redes; ha obrado bien y no puede defenderse, porque sus antecedentes y sus propias palabras son su mas formidable acusación. En abril obró ciego de cólera; no previó que podía ser gobierno, con desearlo tanto que ese deseo engendraba su ofuscación; y al hallarse en el poder, él es su enemigo oculto: su gusano roedor: él mismo se condena y se ejecuta.

La union liberal ha sido gobierno esta vez y al serlo se ha clavado el puñal que aun tenía en la mano desde el día de su última pelea con el partido moderado. La expiación es providencial.

La publicación del decreto disolviendo las Cortes nos ha producido un verdadero sentimiento de lástima hacia la union liberal, y de dolor por el porvenir de las instituciones representativas.

Los pueblos no están hoy para entregarse á la lucha electoral. Acosados por la epidemia reinante, apenas hay una familia que no tenga desgracias que llorar; apenas hay una persona que se encuentre dispuesta á mezclarse en la agitación que produce el acto de las elecciones generales.

El duque de Tetuan comprende todo eso, y sin embargo, ha aconsejado á S. M. la Reina el decreto de disolución, precisamente el día que en Madrid se desarrollaba el cólera.

El general O'Donnell ha querido escupir en el rostro al país; pero el país está mucho mas alto que el general O'Donnell; y ya sabe su señoría lo que le sucede al que pretende escupir al cielo.

Por nuestra parte aguardamos los sucesos con la conciencia tranquila. Quien siembra vientos, recoge tempestades. No hemos de ser nosotros, sin embargo, quienes añadamos un soplo siquiera á la tempestad; respetamos demasiado las resoluciones de la Corona.

Las *Novedades* estaba en lo cierto, al referir lo que el general O'Donnell debió decir á S. M. la Reina el día 4 en la Granja:

«Señora: Lo que he hecho en Zaragoza me dá derecho á obtener el decreto de disolución.»

Y el decreto de disolución se publicó ayer,

punto que se levantó la sesión. Por un momento creyó que no podía salir del patio, según lo compacta que era la masa de oyentes que salían.

Continuamente empujado por el robusto brazo de algún trabajador, ó teniendo que ceder el sitio conquistado á alguna mujer, que buscaba á su marido estraviado en aquella barahunda, iba á decidirse á volver atrás y á aprovecharse de la salida dispuesta para los individuos del tribunal, cuando un hombre de gigantesca estatura, que estaba á su lado, le dejó caer el sombrero con un codazo.

—Vd. dispense, dijo riéndose; este es un corto perance que viene de la apretura.

Y volviéndose, conoció á Eduardo que en aquel instante se hallaba alumbrado con la luz del reverbero de la calle.

Entonces su figura enérgica cambió de expresión, y extendiendo los brazos, gritó:

—Paso, dejen Vds. paso al abogado.

Y retrocedió para dejar pasar á Eduardo, quien aprovechándose de tan buena ocasión, se dió prisa á salir.

En la calle resonaba su nombre en los oídos de todos y estaba repetido en todas las conversaciones. Para entrar en su casa tuvo que esperar que se separase un grupo que había en medio de la calle; en las puertas cerradas de una tienda veía dibujado el perfil del presidente del tribunal de N., y temía ser conocido. Cuando se volvió á poner en marcha la inmensa linterna que precedía á la pequeña sociedad que allí se había reunido, continuaba Eduardo con la vista fija hacia adelante; y en aquella mujer, cuyo pesado albornoz no podía disimular su esbelto y gallardo talle y detrás de la que se cerró la puerta de la casa del antiguo general Laumont, conoció á la hija de este.

(Se continuará.)

